

Jornada mundial de la juventud en Santiago de Compostela

Guzmán Carriquiry

“Desde los más lejanos lugares, de todos los continentes, se dan cita fraternal junto al venerado sepulcro del Apóstol, para vivir unas jornadas intensas bajo el signo común de la fe cristiana”; así describía Juan Pablo II la multitud de jóvenes que confluieron, siguiendo las huellas seculares de peregrinos y penitentes, en Santiago de Compostela, durante la tercera semana de agosto pasado, para dar testimonio de Cristo, “*Camino, Verdad y Vida*” en los umbrales del año 2000.

Fue impresionante la respuesta de más de 500,000 jóvenes a la convocatoria e invitación del Papa para celebrar juntos una nueva Jornada Mundial de la Juventud. Signo del amor preferencial de la Iglesia por los jóvenes — que el Santo Padre testimonia elocuentemente desde los mismos comienzos de su Pontificado y que el Episcopado latinoamericano manifestó en la Conferencia de Puebla —, la Jornada Mundial de la Juventud se ha ido incorporando fecunda en el calendario anual de la Iglesia católica, luego de las hermosas y aleccionadoras experiencias del Jubileo de los Jóvenes (1984) y del Año Internacional de la Juventud (1985), celebrados en Roma en torno a la fiesta de Ramos. La vez anterior fue Buenos Aires la sede de esta Jornada y, esta vez, Santiago de Compostela, confirmando la tendencia a realizarla también fuera de Roma, con una especial convocatoria continental, aunque sin perder su universalidad.

La peregrinación a Santiago fue puesta bajo el signo y desafío de una “nueva evangelización” — como camino de renova-

ción espiritual e ímpetu misionero —, apta para suscitar un resurgimiento de la presencia de Cristo en el corazón de los hombres y en la cultura de las naciones, desde el rejuvenecimiento de las nuevas generaciones. Para Europa, en especial, un reavivar sus raíces y su tradición cristianas para no reconstruir sobre arena la “casa común”. No en vano, Juan Pablo II había pronunciado siete años antes, en la misma Santiago, uno de sus más incisivos discursos europeístas (9/IX/82): “Europa (...) sé tú misma. Redescubre tus orígenes. Reaviva tus raíces. Vuelve a vivir los valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los otros continentes. Reconstruye tu unidad espiritual (...)”. Para todos, el paradigma de una Iglesia en movimiento, compañera de ruta en la vía del hombre, que, sobre la base del testimonio apostólico, anuncia la Buena Nueva del “*Redemptor Hominis*” recorriendo el “camino de adven-to” hacia el gran Jubileo de los 2000 años de encarnación del Hijo de Dios.

Compartiendo meses antes con los jóvenes, en la sede europea de Estrasburgo, las experiencias de las nuevas generaciones en la Iglesia que más lo impactaban, Juan Pablo II había ya destacado tres hechos relevantes: el refloreCIMIENTO y renovación de la tradición de peregrinaciones, el surgimiento y vigoroso desarrollo de nuevos movimientos eclesiales, la tendencia sostenida al crecimiento de las vocaciones sacerdotales y religiosas. Numerosísimos jóvenes se han beneficiado espiritualmente de las peregrinaciones a Santiago durante este verano europeo. Llegaron por tierra, aire y mar; muchos recorriendo cientos de kilómetros a pie, otros peregrinando en trenes especiales, en autobuses, en barcos por el Cantábrico y aun a caballo y en bicicleta. Como un redescubrimiento de aquella “ruta jacobea” que, como lo recordaba el Papa, fue figura y se convierte nuevamente en experiencia “de la peregrinación de la Iglesia hacia la ciudad celestial; camino de oración y de penitencia, de caridad y solidaridad; tramo de la vida donde la fe, haciéndose historia en los hombres, convierte asimismo en cristiana la cultura”.

En Santiago, el programa incluyó un Forum Internacional de líderes juveniles (13-15 agosto), provenientes de las comisiones nacionales de pastoral juvenil y de las más variadas asociaciones y movimientos eclesiales. Los tres días sucesivos (16-18 agosto) todas las Iglesias de la ciudad estuvieron repletas de jóvenes que acudían a escuchar las catequesis dadas en diversas lenguas, sobre el tema de la Jornada mundial “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”, por parte de cardenales, obispos, fundadores de movimientos y animadores de la pastoral juvenil. De noche, los jóvenes se congregaron en los templos de las comunidades religiosas contemplativas para vigi-

lias de oración. Por las tardes, abundaron los actos culturales, musicales, mesas redondas... Pero su culminación fue el encuentro de los jóvenes con el Papa peregrino, incansable misionero, en el Monte del Gozo —estupendo anfiteatro natural, allí donde los peregrinos divisaban a lo lejos, por primera vez, las torres de la Catedral-Santuario—, durante la tarde del sábado 19 de agosto, y, al día siguiente, la Santa Misa celebrada por el Sucesor de Pedro.

Hubo quien calculó que en el Monte del Gozo estaba la octava parte de jóvenes de toda España. Fue muy numerosa la participación de franceses e italianos. Asistieron grupos de jóvenes de muchos países del Este. Estaban representados más de 60 países. No obstante las evidentes dificultades, también hubo jóvenes de todos los países latinoamericanos. La cantidad y la calidad de esa participación juvenil causaron sorpresa y plantearon no pocas interpelaciones e interrogantes: ¿De dónde salen estos jóvenes? ¿Qué es lo que buscan, expresan y esperan? ¿Quiénes son los protagonistas de estos estratos tan significativos de juventud emergente? ¿Qué retos levantan? ¿Quiénes sus “padres” y “maestros”? ¿Acaso no se ha hablado de los jóvenes de hoy como de los “huérfanos” abandonados a sí mismos, divididos por un foso siempre creciente de las generaciones precedentes, división agudizada aún más por las crisis familiares y la ausencia de una auténtica educación en la escuela?

Los jóvenes que estuvieron en Santiago forman parte, ciertamente, de una generación “post-68”, ya lejana de las borracheras hiperpolíticas y de los mitos ideológicos de aquellos años calientes. La actual, la de fin de los años “80”, está tentada, a su vez, por el materialismo práctico como horizonte de vida. Tratan de esclavizarla los ídolos del poder, del poseer, del placer. Se le quiere imponer una “actitud” individualista, distraída e indiferente ante los “porqué” más acuciantes de la vida personal y colectiva. El vacío de sentido pretende ser cubierto con las actitudes “modernas” del escepticismo y hasta del cinismo. Tanto más se alienta en ella un liberalismo sin referencias morales, cuanto más se la condiciona en los contenidos de su conciencia, en sus actitudes y comportamientos, inducidos por poderosísimos medios de persuasión y homologación sociales. Pero los jóvenes de Santiago testimonian que el corazón del hombre, palpitante en esa fase de especial responsabilidad que es la juventud, no se deja encerrar y sofocar fácilmente en las jaulas doradas del materialismo nihilista.

Por eso, ese “amigo exigente” que es el Papa los llamó a no dejarse conquistar como “víctimas y seguidores de los modelos dominantes”, resistiendo al “espíritu de este mundo” que lucha contra “el

espíritu del Evangelio”. Es combate desigual si sólo se lo asume con buenos sentimientos, con ideales morales, con discursos humanitarios. Sólo Cristo ayuda a crecer en la “libertad real” que es “criterio básico e iluminador de juicio y de elección en la vida”. La invitación y el aliento del Papa a los jóvenes para que no tengan miedo a vivir a fondo su juventud, desde la percepción y la estima de la grandeza de la propia persona y destino, va por ello inscindiblemente vinculado con ese “No tengáis miedo a ser santos” que dijera a los jóvenes en el Monte del Gozo. Sólo quien tiene el coraje de tomarse en serio a sí mismo, de desear firmemente la belleza, la verdad y el bien, que constituyen su “corazón”, puede comprender que Cristo es la única respuesta plenamente correspondiente y satisfactoria de significado y plenitud para su vida.

No es otro el mensaje de Juan Pablo II a los jóvenes: “dejaos prender por Cristo que irrumpe a vuestro encuentro, que os invita a su seguimiento, que quiere establecer con cada uno una relación personal como alianza de verdad y de vida, que os incorpora en el misterio de comunión con sus apóstoles y discípulos para dilatar su presencia salvadora en la historia humana”.

¡No hay nada de demagogias fáciles y complacientes! El Papa, en nombre de Cristo, pide todo. Advierte que hay que cargar con la propia cruz, y aun también con las cruces que “pesan sobre los jóvenes desorientados acerca del sentido de la vida, manipulados por el poder, desocupados, hambrientos, sumergidos en la droga y la violencia, esclavos del erotismo...”. Llama a forjar desde un amor puro, desde el dominio de sí, auténticos matrimonios y familias cristianas, pero no ceja también de proponer una entrega radical y total en el camino del sacerdocio ministerial o de la vida consagrada. Porque es testigo transparente, Juan Pablo II se convierte en “amigo exigente” que atrae a los jóvenes como padre y maestro.

“Los jóvenes de hoy —afirmaba el Papa en vísperas de la II Asamblea Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, hace más de cuatro años— han nacido en los años del Concilio. El camino de la historia los ha metido en la dinámica de su heredad”. Estos jóvenes de Santiago se sienten miembros vivos de la Iglesia que, a los 25 años críticos y fecundos de actuación postconciliar, quiere salir hoy al encuentro de los hombres con el rostro siempre joven de Cristo. No experimentan las crisis de desafección y turbamiento respecto a la Iglesia, que fueron tan sufridas y difundidas durante la primera fase del postconcilio. No hay en ellos la carga de cansancio, escepticismo y frustración que todavía pesa mucho en estamentos eclesiásticos íntimamente sacudidos por aquellas crisis. Constituyen una nueva

generación en la Iglesia. Han crecido en la fe, sobre todo gracias a la compañía de movimientos eclesiales diversos, como las Comunidades Neocatecumenales, Comunión y Liberación, Focolarinos, Cur-sillistas, Regnum Christi y Renovación en el espíritu, y de comuni-dades cristianas renovadas, presentes en Santiago en esta gran fiesta de comunión. De esos jóvenes el Papa espera el contingente de “nue-vos evangelizadores”, misioneros del Evangelio de Cristo, ministros y servidores de la iglesia, constructores de una civilización del amor y de la verdad “en esta hora magnífica y dramática de la historia”.